II

Salvo algunos detalles que vendrán en su lugar y que no descompondrán en nada este conjunto, tal era la Europa en el momento indicado por nosotros. Como se ha podido reconocer, el dedo divino, que conduce á las generaciones de progreso en progreso, era visible desde entonces por todas partes en la disposición interior y exterior de los elementos que la constituían, y aquella columna de reinos y de naciones estaba admirablemente construída para que ya las ideas pudieran ir y venir á su sabor y hacer en la sombra la civilización.

No mirando más que al conjunto, y admitiendo las restricciones que están en todas las memorias, ese trabajo, que es la verdadera obligación del género humano, se realizaba á principios del siglo XVIII en Europa mejor que en parte alguna. En aquel tiempo en que vivían, respirando el mismo aire, y por consecuencia, aun sin saberlo, las mismas ideas, fecundándose por la observación de los mismos acontecimientos, Galileo, Grocio, Descartes, Gassendi, Harvey, Lope de Vega, Guido, Poussin, Ribera, Van Dyck, Rubens, Guillermo de Orange, Gustavo Adolfo, Walstein, el joven Richelieu, el joven Rembrandt, el joven Salvador Rosa, el joven Milton, el joven Corneille y el viejo Shakespeare, cada rey, cada pueblo, cada hombre, únicamente por la inclinación de las cosas, convergían al mismo fin, que es todavía hoy el fin á que tienden todas las generaciones, el mejora-

miento general de todo para todos, esto es, la propia civilización. Europa, insistamos sobre este punto, era lo que es aún, un gran taller donde se elaboraba en común esa gran obra.

Dos únicos intereses, separados por un fin egoísta de la actividad universal, espiando sin cesar para escoger su momento el vasto taller europeo, procediendo el uno por invasión, el otro por usurpación; el uno ruidoso y terrible en su acometividad, rompiendo de vez en cuando las barreras y abriendo brecha en la muralla; el otro, hábil, astuto y político, deslizándose por todas las puertas entreabiertas, ambos ganando terreno continuamente, perturbaban, oprimían entre los dos y amenazaban entonces á Europa. Aquellos dos intereses, encarnizados enemigos, se personificaban en dos imperios; y aquellos dos imperios eran dos colosos.

El primero de aquellos dos colosos, que había tomado posiciones en un lado del continente al fondo del Mediterráneo, representaba el espíritu de guerra, de violencia y de conquista, la barbarie. El segundo, situado al otro lado, en el umbral mismo del mar, representaba el espíritu de comercio, de astucia y de invasión, la corrupción. Sin duda que estos son los dos enemigos de la civilización.

El primero de esos dos colosos se apoyaba poderosamente en el Africa y en el Asia. En Africa, poseía Argel, Túnez, Trípoli de Berbería y el Egipto entero, desde Alejandría á Syena (Asuán), esto es, toda la costa desde el Peñón de Vélez hasta el istmo de Suez; de allí se hundía en la Arabia Troglodita, desde Suez en el mar Rojo hasta Suakim.

Poseía tres de las cinco tablas en que Ptolomeo dividió el Asia, la primera, la cuarta y la quinta.

Poseer la primera tabla, era ser dueño del Ponto, la Bitinia, la Frigia, la Lycia, la Paflagonia, la Gala-

cia, la Pamfilia, la Capadocia, la Armenia Menor, la Caramania, esto es, todo el Trapecio de Ptolomeo desde Alejandría hasta Trebisonda.

Poseer la cuarta tabla, era ser dueño de Chipre, Siria y Palestina; de toda la orilla desde Firamides hasta Alejandría, la Arabia Desierta y la Arabia Pétrea, la Mesopotamia y Babilonia, que se llamaba Bagadet.

Poseer la quinta tabla, equivalía á tener todo lo que está comprendido entre dos líneas, una de las cuales sube de Trebisonda al Norte hasta la Hermanasa de Ptolomeo y hasta el Bósforo Cimerio, que los italianos llamaban Boca de San Juan, y la otra, cortando la Arabia Feliz, va de Suez á la desembocadura del Tigris.

Además de esas tres inmensas regiones, poseía la Grande Armenia y todo lo que Ptolomeo pone en la tercera tabla de Asia hasta los confines de la Persia y de la Tartaria.

De suerte que sus dominios de Asia confinaban al Norte, con el archipiélago, el mar de Mármara, el mar Negro, el Palus Meótide y la Sarmacia asiática; á levante, con el mar Caspio, el Tigris y el golfo Pérsico, que se llamaba del Califa; á poniente, con el golfo Arábico, que es el mar Rojo; al Mediodía, con el Océano Indico.

En Europa poseía el Adriático á partir de Knin sobre Ragusa, el Archipiélago, la Propóntide, el mar Negro hasta Caffa en Crimea, que es la antigua Teodosia; la Alta Hungría hasta Buda; la Tracia, hoy Rumelia; toda la Grecia, esto es, la Tesalia, la Macedonia, el Epiro, la Acaya y la Morea; casi toda la Iliria; la Dalmacia, la Bosnia, la Servia, la Dacia y la Bulgaria; la Moldavia, la Valaquia y la Transilvania, cuyos tres vaivodas estaban con él; todo el curso del Danubio desde Watzen hasta su desembocadura.

Poseía once mil doscientas ochenta millas italianas de costas marítimas, y un millón doscientas tres mil doscientas diez y nueve millas cuadradas de superficie terrestre.

Figurémonos ese gigante de novecientas leguas de anchura y de mil cien leguas de longitud tendido sobre el vientre á través del antiguo mundo, con el talón izquierdo en Africa, la rodilla derecha sobre el Asia, un codo sobre la Grecia, un codo sobre la Tracia, la sombra de su cabeza en el Adriático, el Austria, la Hungría y la Podolia, avanzando su monstruosa faz ora sobre Venecia, ora sobre Polonia, ora sobre Alemania, y mirando á Europa.

El otro coloso tenía por asiento, bajo el más hermoso cielo del mundo, una península bañada á levante por el Mediterráneo, á poniente por el Océano, separada del Africa por un estrecho brazo de mar, y de Europa por una alta cordillera de montañas. Aquella península contenía diez y ocho reinos, á los que imprimía su unidad.

Poseía Serpa y Tánger, que son los candados del estrecho de Gibraltar, y, según se complacía en abrirlo ó cerrarlo, hacía del Mediterráneo un mar ó un lago. Desde su península esparcía sus flotas en aquel mar mediante veintiocho puertos metropolitanos, y tenía treinta y siete en el Océano.

Poseía en Africa el Peñón de Vélez, Melilla, Orán, Marzalcabil, que es la mejor obra del Mediterráneo, Mazagán y toda la costa desde el cabo Aguirre hasta el cabo Gardofu; en América, una gran parte de la península septentrional, la costa de la Florida, la Nueva España, el Yucatán, Méjico y el cabo de California, Chile, el Perú, el Brasil, el Paraguay, toda la península meridional hasta los patagones; en Asia, Ormuz, Diu, Goa, Malaca, que son las tres plazas más fuertes de la costa, Damán, Bazín, Zanaa, Ciaul,

el puerto de Columbán, los reinos de Camanor, de Cochín y de Colán, con sus fortalezas, y, excepto Calicut, toda la costa del Océano Indico, de Damán á Melipur.

Poseía en el mar, y en todos los mares, las tres islas Baleares, las doce islas Canarias, las Azores, Puerto Santo, Madera, las siete islas del Cabo Verde, San Tomás, la Isla de Dios, Mozambique, la grande isla de Baaren, la isla de Manar, la isla de Ceylán; cuarenta de las islas Filipinas, la principal de las cuales, Luzón, tiene una longitud de doscientas leguas; Puerto Rico, Cuba, Santo Domingo, las cuatrocientas islas Lucayas y las islas del mar del Norte, cuyo número se ignoraba.

Esto era poseer todo el mar, casi toda la América, y en Africa y Asia poco más ó menos lo que el otro coloso no poseía.

En Europa, además de su vasta península, centro de su poderío y de esplendor, poseía Cerdeña y Sicilia, que son más bien reinos para ser consideradas nada más que como islas. Poseía Italia por sus dos extremos, por el reino de Nápoles y por el ducado de Milán, que eran suyos. En cuanto á Francia, la asía tal vez más estrechamente aún, y los tres estados que tenía en sus fronteras, trazando una especie de semicírculo. El Rosellón, el Franco Condado y Flandes, eran como un brazo pasado al rededor del cuello.

El primero de esos dos colosos, era la Turquía; el segundo, era España.

III

Esos dos imperios inspiraban á Europa profundo terror el uno, profunda desconfianza el otro.

Por Turquía, esparcíase en Europa el espíritu del Asia; por España, era el espíritu de Africa.

El islamismo, bajo Mahomet II, había pasado formidablemente el antiguo paso del Buey, Bos-Poros, y había plantado con insolencia su cola de caballo atada á una pica en la ciudad que tiene siete colinas como Roma, y que había tenido iglesias cuando Roma aun no tenía más que templos.

Desde aquel fatal año de 1453, la Turquía, como hemos dicho más arriba, había representado en Europa la barbarie. En efecto, todo lo que ella tocaba perdía en pocos años la forma de civilización. Con los turcos, y al mismo tiempo que ellos, el incendio inextinguible y la peste perpetua se habían instalado en Constantinopla. En aquella ciudad, que por tanto tiempo había dominado la luminosa cruz de Constantino, había entonces de continuo un torbellino de llamas ó una bandera negra.

Uno de esos misteriosos azares, en que el espíritu cree ver escritas de un modo legible las enseñanzas directas de la Providencia, había dado, como presa á aquel formidable pueblo, la propia metrópoli de la sociabilidad humana, la patria del pensamiento, la tierra de la poesía, de la filosofía y del arte, la Grecia. En el mismo instante, al solo contacto con los turcos, la Grecia, hija de Egipto y madre de Italia, la Grecia